



FLORENCIA ETCHEVES

ERRANTES

Novela  Planeta

FLORENCIA ETCHEVES

Errantes



1

Ocho años antes, en Sanuribe, provincia de Buenos Aires, la tierra arrojó a la superficie un secreto. La novedad duró veinticuatro horas y muy pocos se enteraron.

Los huesos humanos que se encontraron durante la construcción de la ruta que conectaría el pueblo con la ciudad más cercana no fueron lo suficientemente importantes como para frenar el progreso y la pujanza que significó llegar en auto de un lugar a otro.

Algunos testigos sintieron que el hallazgo era un incordio. Otros lo vieron como un simple retraso. Uno solo de ellos interpretó que se trataba de una maldición.

2

Apenas llegó al canal de televisión para grabar su programa, apoyó con impaciencia el dedo en el censor que leía las huellas digitales, esperó unos segundos hasta que la pantallita luminosa mostrara su nombre y apellido, y corrió el molinete de metal con el hueso de la cadera. Luego pasó por la sala de maquillaje para que su aspecto fuera el que se pretendía del otro lado de la pantalla y repitió, frente a la cámara, las frases que su producción había elaborado. Eran los pasos de su rutina diaria.

Podría haberse ido. Bastaba con regresar hasta el estacionamiento del canal, subirse al auto y manejar la media hora que la separaba de su casa. Y, como la mayoría de las veces, dejar los zapatos de tacos altísimos tirados en el medio del living, mordisquear los restos de comida de la noche anterior y tirarse en el sillón de cuero negro a mirar alguna serie por Netflix. Pero nada de eso sucedió. La culpa la tuvo la foto, de eso no le quedaron dudas. Y un poco Sonia, su madre.

Esa mañana, Carmen había tenido que salir corriendo del gimnasio. La llamada telefónica la había sorprendido en el vestuario, ni siquiera llegó a entrar en la sala de apara-

tos. Antes de atender, sin excepción, miraba la pantalla del teléfono. No se detenía en llamados que salían como privados ni en los números que no reconocía, tampoco hablaba con compañeros de trabajo ni con sus amigas. En definitiva, la función de hablar con el otro, existiendo WhatsApp, le resultaba innecesaria. Salvo que llamara su madre, por eso atendió.

—¿Sos mi hija? Hola, hola. ¿Sos vos?

Como siempre, la voz de Sonia se escuchaba angustiada. Usaba el teléfono únicamente para pedir ayuda, cosa que sucedía cada vez más seguido.

—Sí, mamá, soy yo —contestó Carmen mientras con la mano que le quedaba libre se acomodaba las calzas de licra—. ¿Dónde estás? Se escucha bastante mal.

—No sé —contestó. Nadie tenía tanta convicción como ella cuando ignoraba algo—. Hay dos verdulerías, cuatro líneas de colectivo que pasan por la puerta, la vereda tiene treinta y dos baldosas grises y seis marrones. Yo estoy parada en la puerta de una panadería.

Carmen entrecerró los ojos tratando de armar un mapa imaginario con la información que acababa de darle su madre.

—¿Llegás a leer el cartel de la calle, mami? —preguntó.

—Dos A, dos L, una C y una O —respondió con entusiasmo; acto seguido, murmuró—: Dieciséis figazas, catorce medialunas, ocho tortitas negras...

«Callao», pensó Carmen. Sonia estaba en la panadería de la esquina de su propia casa. Con una paciencia que últimamente le costaba más sostener, la dejó terminar con el racconto de lo que veía en la vidriera y le rogó que no se moviera del lugar.

El cerebro de su madre estaba atascado desde hacía rato. Nadie podía precisar en qué momento exacto había dejado de funcionar, pero Carmen recordaba como fundacionales, aunque en verdad no lo eran, dos situaciones alarmantes, una detrás de otra.

La primera tuvo lugar un domingo de invierno. Sonia cumplía años y había decidido cocinar para su hija y Rebeca, una vecina encantadora que le había contagiado las costumbres del judaísmo. Una vez por semana iban juntas a una sinagoga de Once, compartían la cena de Rosh Hashaná y en los últimos tiempos pasaban las tardes intentando aprender hebreo con unos libros viejísimos que los hijos de Rebeca habían usado de niños en el colegio. A Sonia siempre le había gustado cumplir años, lo vivía como una especie de triunfo ante vaya a saber uno qué desafío. «Te gané, te gané», murmuraba durante todo el día, el único al año en el que se dejaba abrazar y besar. Durante el resto, su cuerpo parecía estar rodeado de un muro invisible, inviolable. Los 4 de agosto la frontera se abría y Carmen podía tocar a su madre.

Sonia había preparado la mesa con esmero. Sobre un mantel blanco estaban acomodados los tres platos de cerámica color azul con sus respectivos cubiertos; unas copas de cristal que, según ella, Rebeca había traído de Israel; una panera de plata colmada de rodajas de pan cortadas a la perfección y un jarrón lleno de flores de colores.

Carmen entró en la casa de su madre y aprovechó el día de gracia en el que podía darle un abrazo y estamparle dos besos sonoros en las mejillas. Rebeca había llegado un rato antes. Se la notaba incómoda, no sacaba los ojos de la mesa. Sonia estaba exultante, como cada 4 de agosto. Ha-

blaba sin parar, se reía y hacía muecas frente a un espejo con el sombrero que su hija le había llevado de regalo.

—Mamá, pusiste flores. ¡Qué lindo! —exclamó Carmen.

Rebeca abrió la boca como para hacer algún comentario, pero de inmediato se arrepintió y optó por el silencio. Algo estaba mal. Carmen se acercó a la mesa y, con cuidado, levantó unos centímetros el ramo de flores. Acercó la nariz al jarrón de vidrio y dijo con un tono suave:

—Mamá, en el florero hay vino.

Sonia arrugó el ceño y negó con la cabeza. Se pasó las manos por el vestido de seda color azul mientras evaluaba una respuesta.

—Me distraje, debe haber sido eso —concluyó.

La segunda situación tuvo lugar en el bar en el que Carmen solía tomar café con su madre. Aquella tarde soleada, Sonia no hizo nada extraño. Pidió como siempre su café en jarrito, con la crema aparte; eligió una porción de budín de naranjas y le dijo a la moza que el vaso de soda que solía acompañar el pedido tenía que ser de agua sin gas. Todo lo anormal vino luego, de la mano de las palabras. Su relato, aunque coherente, dejó de tener nombres propios: usaba «esa mujer tan amorosa» para referirse a Rebeca, su vecina y amiga, y «el hombre alto de la puerta» para mencionar a Luis, el encargado de su edificio. De la noche a la mañana, su madre había dejado de deletrear con tino el mundo.

Las supuestas distracciones de Sonia se convirtieron de a poco en algo frecuente: objetos perdidos que aparecían, luego de meses, en lugares insólitos; personas a las que olvidaba o confundía con una solución de continuidad pasmosa; historias y frases que repetía una y mil veces, histo-

rias que ya no recordaba, historias que inventaba. Carmen no sabía qué hacer con eso y, por ignorancia o comodidad, tomó el peor de los caminos: se convirtió en cómplice de los disparates de su madre y optó por hacerse también la distraída, incluso más que ella.

Cuando iba a visitarla, se dedicaba a sacar libros de la heladera y a acomodarlos en la biblioteca; revisaba el tacho de basura sabiendo que encontraría algún vaso o cepillo del pelo; aceptaba llamar Juana a Mabel, la señora de la limpieza. Fue así que empezó a usar las mentiras como si fueran un tranquilizante eficaz.

Volvió a repasar el llamado de su madre: estaba en una calle en la que había dos verdulerías, en la puerta de una panadería y podía leer el cartel que decía «Callao». «¿Por qué está ahí y no en su casa?», pensó.

Sonia había perdido muchas cosas a lo largo de su vida, pero la obediencia era algo que conservaba, como se conserva el color de los ojos o las manchas de nacimiento. Acatar órdenes era algo que la regía como un faro en el medio del océano. Carmen le había dicho que no se moviera y no se movió. Siguió parada en la misma esquina desde la que había llamado a su hija.

Estaba vestida con una pollera recta de pana color marrón que le llegaba justo debajo de las rodillas, una camisa de seda blanca cerrada hasta el cuello y unas botitas de cuero cortas y de taco bajo. Hacía casi un mes que Sonia se vestía de la misma manera. Después de tres días de berrinches en los que se había negado a quitarse esa ropa hasta para dormir, Carmen optó por una solución tan práctica como eficaz: le compró tres polleras, cuatro camisas y dos pares de botas exactamente iguales.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó mientras bajaba a los apurones del auto que había estacionado en doble fila.

Sonia levantó la cabeza y la miró llena de dudas, como quien intenta recordar.

—Soy Carmen, acá estoy. Vamos para tu casa.

La mujer mitad memoria y mitad olvido sonrió y estiró el brazo derecho. Había cerrado el puño con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—¿Qué tenés ahí, mamá? A ver, abrí la mano —preguntó Carmen mientras intentaba separar los dedos flacos de su madre.

—Las llaves de casa —contestó Sonia con voz ronca, mientras le mostraba el objeto a su hija con gesto triunfante.

Carmen respiró hondo y largó el aire despacio, una técnica que solía usar para evitar que los ojos se le inundaran de lágrimas.

—Mamá, no son las llaves. Es el pelapapas.

Durante unos segundos se quedaron quietas, mirando el pelapapas de metal con mango de plástico azul, como si la potencia de los ojos de ambas pudiera convertirlo en llaves. Fue Carmen la que rompió ese instante de magia fracasada.

—Vamos a tu casa, vas a estar bien.

—No es necesario que me mientas, hija querida, aunque aprecio la cortesía.

3

—Mamá, repetí estas tres palabras: cama, ventana, flores.

—Cama, ventana, flores.

—Muy bien. Ahora restá hacia atrás, de dos en dos, el número cien.

—Cien, noventa y ocho, noventa y seis... eh... ¿noventa?

—Decime de nuevo las tres palabras, ¿las recordás?

—No.

El ejercicio que el doctor Larreta le había recomendado para tantear el funcionamiento de la mente de su madre había fracasado. Una vez más. Carmen no abandonaba la ilusión de que un día, como por arte de magia, ella repitiera «cama, ventana, flores». Solo un par de veces lo había logrado y le festejó el recuerdo como quien celebra las primeras palabras de una niña pequeña. Desde hacía tiempo no había nada que aplaudir. Sonia se había convertido en una escalera caracol que únicamente iba para abajo.

Cuando su madre empezó a extraviarse, Carmen comenzó a recordar. Se habían criado solas y juntas. Solas porque nunca hubo nadie aparte de ellas dos y juntas,

porque Sonia era muy joven cuando se convirtió en madre y a Carmen le tocó madurar demasiado rápido. Nunca supo quién era su padre. Sonia nombraba a hombres que solo estaban en su imaginación, que por esa época era bastante frondosa. Algunos días hablaba de un hombre rubio, alto y de espaldas anchas que se había ido a África a salvar a niños moribundos. Se llamaba Manuel y era médico. Otras veces contaba anécdotas maravillosas de Francisco, un morocho de ojos verdes que se había perdido en altamar, en un barco que buscaba tesoros. «La gente feliz está ocupada», decía Sonia cuando Carmen se ponía insistente con los detalles sobre ese padre inventado. Esa frase servía para ponerle punto final a todas las preguntas.

Gracias a que llevaba un juego de las llaves del departamento de su madre en su llavero, pudieron entrar. Sonia sonreía sin dejar de apretar el pelapapas. Todos los desvaríos de su madre terminaban con una sonrisa. Esos eran los momentos en los que Carmen pensaba que Sonia era una gran titiritera que manejaba las vidas ajenas según sus caprichos o que jugaba a ser la protagonista de una locura que no era tal.

—Sentate, mamá. Voy a preparar café con leche. Tenemos que hablar sobre estas cosas que te están pasando. Es hora de que contratemos a una persona para que te acompañe.

—No sé, querida —dijo Sonia mientras se acomodaba en el sillón junto a la ventana—. Mi hija no va a estar de acuerdo con meter a desconocidos en mi casa.

—Yo soy tu hija, mamá.

—Bueno, eso lo vamos a ir viendo. ¿Y el café con leche?

Carmen respiró hondo y largó el aire de a poco. Durante un buen rato buscó la cafetera en la cocina. Después de fracasar con los lugares obvios, avanzó con los insólitos: detrás de la pila de toallas del baño, en el balcón y hasta dentro del lavarropas. Nada.

Cruzó el pasillo que comunicaba el living con las habitaciones. El departamento de su madre era bastante grande, demasiado para ella sola. Un cuarto de huéspedes y un espacio que hacía las veces de escritorio no se usaban desde hacía bastante, tampoco el *toilette*. Sonia limitaba su mundo a la sala, su cuarto en suite y la cocina. Quizá por eso Carmen se quedó paralizada cuando vio la puerta del escritorio abierta. Y aunque no toda puerta abierta es una invitación a ir hacia el otro lado, Carmen entró.

La persiana estaba levantada y los rayos de sol se derramaban sobre el desorden. Era imposible caminar sin pisar alguno de los papeles que cubrían el piso de madera. Con la punta de sus zapatillas de *running* Carmen fue corriendo fotos, cuadernos y libretas hasta hacer un espacio donde pararse. El único mueble que había en el lugar tenía todos los cajones abiertos y vacíos.

—Mamá —gritó—, quedate sentada que arreglo unos papeles. Ya voy con vos.

—Tu mamá no está, querida —contestó, también gritando, Sonia.

En un rincón, había una pila de fotos bastante bien acomodada. Carmen se sentó en el piso y las miró una por una. Eran de un verano en Mar del Plata. A su madre se la veía jovencísima, Carmen era una adolescente. Durante años la obsesionó la idea de no estar en el lugar correcto; sin embargo, en las fotos ese agobio no se dejaba ver. Las

playas marplatenses, la puerta del Casino, la rambla, los lobos marinos, todo ese entorno parecía ser el lugar indicado, el lugar en el que ambas se mostraban felices.

Se detuvo en una de las fotos. No era la más linda, ni siquiera la mejor encuadrada, y se veía bastante fuera de foco. Sonia estaba vestida con un remerón largo hasta las rodillas, un hombro quedaba al descubierto. El pelo rubio, casi blanco, brillaba. Las pecas en la nariz, la piel rosada por el sol, la chispa de los ojos celestes y la risa abierta. En la memoria de Carmen, quedó grabado lo que sucedió después de sacar esa foto: las dos caminaron de la mano, se metieron en un bar a comer medialunas y, a pesar del calor, tomaron chocolate caliente. Nada más que eso.

A los apurones juntó algunos papeles del piso. También había medias de pares distintos, papeles de golosinas, lápices sin punta, dos pares de ojotas rotas y una cantidad de moños de cinta de nailon arrancados de decenas de regalos de navidades y cumpleaños pasados.

—¿Qué estás haciendo, Carmencita? —preguntó Sonia, parada contra la puerta del escritorio.

—¡Mamá! —exclamó Carmen, disimulando la alegría que sentía cuando su madre recordaba su nombre—. ¡Me asustaste! Estoy tratando de ordenar el desastre que hiciste en este cuarto.

—Esto no es ningún desastre, querida. Lo que hace que una persona sea interesante son sus secretos, no otra cosa. Y estos son mis secretos.

Carmen se sintió en falta, pero además sintió rabia. Era uno de los tantos momentos en los que entreveía que Sonia manejaba sus actos y sus palabras según su voluntad.

—Muy bien, mamá —dijo—. Entonces, sigo acomodando tus secretos en los cajones del mueble...

—Tu mamá no está, querida.

Carmen tragó saliva y decidió dejar todo como estaba. Era tal su molestia que desistió, también, de llevarse la foto de Mar del Plata. El sonido de su celular fue milagroso, le dio el salvoconducto para salir de esa habitación que la dejaba sin aire.

—Voy a atender mi teléfono, está en el living —dijo—. Pensá dónde guardaste la cafetera, no la encuentro.

Sonia balbuceó algo sobre el peligro que significaba tener una cafetera en la casa, pero Carmen hizo oídos sordos y la dejó en el escritorio con sus delirios.

La llamada se cortó enseguida. Vio que la lucecita azul del celular titilaba: varios mensajes pendientes de WhatsApp, dos mensajes de voz que nunca serían escuchados. Lo único que le interesó fue devolverle tres llamadas perdidas a Diego.

—¡Carmen, qué bueno que me llamaste! —dijo él—. Espero que tu madre esté bien. Escuchame, ¿cuándo volvés al canal? Ya grabé los pisos de los columnistas, me faltan los tuyos. Igual es una boludez, lo hacés en dos minutos. Pero necesito que vengas porque me llegaron las puntas de una historia que me parece que tenemos que empezar a laburar ya mismo. —El vozarrón del productor podía escucharse desde la otra punta. Hablaba de corrido, casi sin respirar.

—¿Historia de qué? —preguntó Carmen con curiosidad. Conocía cuando Diego se entusiasmaba con algo.

—Después hablamos bien. ¿Cuándo venís?

—Dame una hora —contestó Carmen y cortó la comunicación.

Se sacó las zapatillas y masajeó unos segundos su pie derecho. Luego caminó descalza hasta donde había dejado a su madre.

Sonia también estaba descalza. Esa pequeña coincidencia la hizo sonreír. La observó conmovida. Su madre parecía una nena que la hacía pasar del odio al amor en cuestión de minutos. A menudo se preguntaba quién de las dos estaba más desequilibrada.

—Mamá, ¿qué estás mirando?

Una foto la tenía concentrada. La agarraba con ambas manos, como si se le fuera a caer.

—Mamá... —insistió Carmen sin éxito.

Optó por sentarse a su lado, en la misma posición, como dos budas.

—¡Qué linda foto, mamá! Nunca me la habías mostrado —dijo—. ¡Qué bien te quedaba el pelo largo y tan lacio!

De repente, Sonia largó la foto como si quemara y clavó los ojos en su hija. Carmen la recuperó y la observó con detenimiento. En esa foto estaban ambas y no sonreían. Sonia era muy joven, más que en las fotos de Mar del Plata. El pelo dorado parecía un manto que la cubría por debajo de los hombros. A su lado, una nena. Las dos paradas, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas.

A Carmen le llamó la atención la solemnidad con la que posaban. No recordaba haber visto tan formal a su madre. Tampoco esas túnicas blancas que vestían. Ni siquiera ese campo en el que parecían estar. No eran las sierras de Córdoba donde se había criado, de eso estaba segura.

—Mamá, ¿dónde estábamos acá? —preguntó confiada. Sonia se llevaba bastante bien con los recuerdos del

pasado—. Yo era muy chiquita, tendría unos tres o cuatro años, ¿no?

Sonia se levantó sin abrir la boca y dio unos pasos decididos hasta los estantes que colgaban en la pared. Una caja de madera pintada a mano sostenía una pila de libros, la apartó y la abrió con cuidado. Tanteó el contenido y sacó una cinta negra de la que colgaba un cascabel de plata. Con una sonrisa se la ató al cuello y salió de la habitación.

El ruido del cascabel le indicó que su madre se alejaba por el pasillo. Carmen siguió toda la escena con estupor y volvió a mirar la foto. Esa nena no era ella.